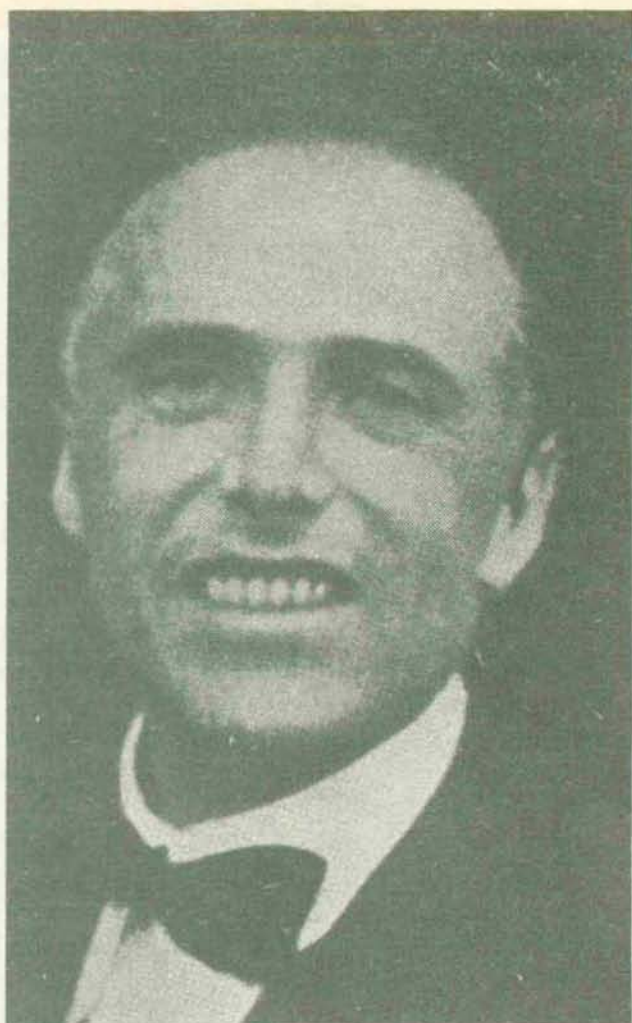


Asesinado por
“elementos
incontrolados”

Matteotti, víctima de la violencia fascista

Gennaro Califano



Giacomo Matteotti, diputado socialista asesinado en 1924 por los «escuadristas» de Mussolini, quien fue el instigador del crimen.

E L 30 de mayo de 1924, a las 4,30 de la tarde, los diputados escuchan silenciosos a Giacomo Matteotti, en uno de los discursos más violentamente antifascistas pronunciados desde que, hace año y medio, Mussolini accedió al poder: acusaciones de violencias, corrupciones económicas, ilegalidades... Los diputados fascistas tratan de interrumpirle. Amenazan: «¡Soy escuadrista y voy a hacer que te calmes!», grita el fascista Giunta. El orador sigue impertérrito hasta el final. De vuelta a su escaño, dice a sus compañeros: «Yo ya cumplí con mi deber. Ahora os toca a vosotros prepararme el ataúd».

Quien así habla es un abogado —nacido en Fratta Polesine (Rovigo) en 1885, propietario rural, socialista desde 1910—, antiguo opositor a la entrada en guerra de Italia, diputado por el Partido Socialista desde 1918, y secretario del escindido Partido Socialista Unitario (PSU, reformista) desde 1922. Es decididamente antifascista, y los seguidores de Mussolini le conocen bien y le temen: en dos ocasiones lo han apaleado y torturado.

Para el día 12 de junio tiene anunciado un nuevo discurso sobre financiaciones ilegales. No lo pronunciará. Será asesinado 48 horas antes.

Es una víctima más de esa violencia fascista por él denunciada repetidamente y que destruye Italia. Aunque no una víctima cualquiera; a partir de este momento, nada será igual. La Italia liberal de la anteguerra dejará de existir, sumergida por el alud fascista. El paso del **antes** al **después** lo marca el asesinato de Matteotti.

LA «VICTORIA MUTILADA»

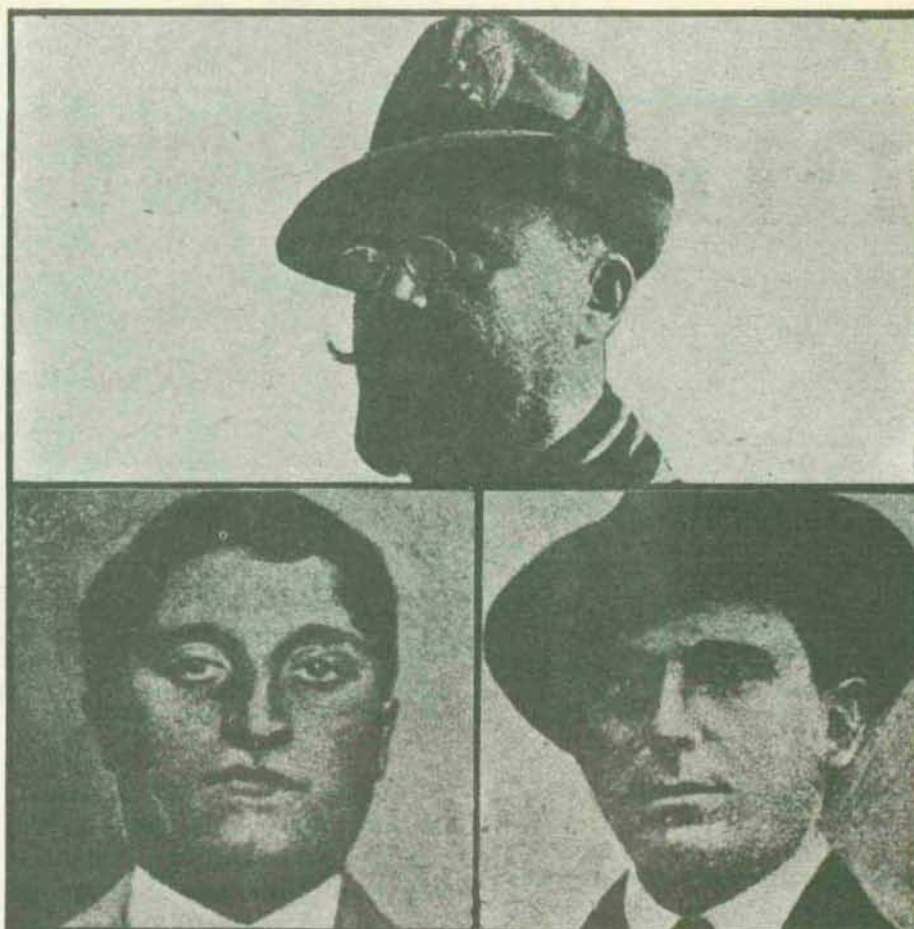
La Italia de 1919 es una Italia victoriosa, pero con gravísimos problemas internos (desempleo, escasez, inflación, hambre, restricciones comerciales, etc.), que empañan el humilde sueño del hombre de la calle y de los partidos progresistas: paz, tranquilidad, justicia y trabajo. Este es también el sueño de Matteotti.

Pero el diputado del futuro PSU hace ya tiempo que ve inquieto cómo una fuerza oscura, violenta y cínica se interpone entre el pueblo y su sueño. Esa fuerza tratará de llevar al pueblo a una meta ambicionada sólo por unos pocos, que se han erigido en portavoces abusivos de toda la nación. Esa fuerza es el fascismo, con una visión diferente del futuro del país: le horroriza la «Italia humilde y justa» del italiano medio; le interesa una «Italia heroica», donde la justicia es un estorbo.

El hombre de la calle se conforma con la paz; los fascistas hablan de «victoria mutilada», debido a las escasas anexionaciones territoriales. Los casi 700.000 muertos y los casi dos millones y medio de heridos de la Gran Guerra han sido, pues, para ellos, «inútiles».

El viejo liberalismo está en declive por su inadecuación a los tiempos. Es la oportunidad de los partidos de izquierda. Oportunidad más al alcance de la mano de lo que cabría imaginar, por la que hombres como Turati, Treves, Nenni o Matteotti, y luego Gramsci, podían intentar llevar adelante esa Italia justa y ordenada que deseaban. En 1919, además, el PS había conseguido un buen avance electoral.

Las derechas (empresarios, latifundistas y propietarios rurales, nobleza), de ideología liberal, nacionalista y social-



Algunos de los asesinos de Matteotti: arriba, Giovanni Marinelli, tesorero de Mussolini y que figuró entre los principales responsables del atentado. Abajo, dos de los ejecutores: Amerigo Dumini (izquierda), fundador del fascio de Florencia en 1919, traficante de armas y acusado de dos muertes en 1921, acabará también con la vida de varios líderes antifascistas exiliados en Francia. Y Albino Volpi (derecha), ex «ardito» y dirigente de una banda de seiscientos «escuadristas», quien recibiría numerosas acusaciones por asesinato y robo, de las que se salvó gracias a la protección de Mussolini.

demócrata, también desean el orden y la paz. Pero, pronto, el avance de las izquierdas y las continuas huelgas mostrarán cuál es su idea del orden, al buscar, en el caos posbélico, algo que pueda garantizar su predominio. Y no falta mucho para que lo encuentren.

Entre tanto, se producen dos fenómenos básicos para la evolución de la situación: la escisión de los socialistas, y la ocupación de las fábricas por los obreros. En 1919, el socialista es el mayor partido de masas del país. Se escinde entonces, dando lugar su ala izquierda al Partido Comunista. El camino quedaba un poco más expedito para la contrarrevolución, al romperse el equilibrio, entre derecha e izquierda, del sistema de Giolitti.

La ocupación de las fábricas (1920), a raíz de una huelga general, sorprende a los socialistas, que, por su ineptitud y errores pierden la ocasión de actuar, mientras que el Gobierno mantiene siempre el control de la situación.

Esto atemoriza a las derechas, en especial a los industriales, que temen los progresos, reales o imaginarios, de los socialistas y, al mismo tiempo, sacan provecho de sus divisiones, e irán creando un clima favorable a «soluciones» derechistas, sobre todo gracias a un formidable instrumento de acción: los **squadristi**.

Detengámonos sobre este fenómeno, básico en el ascenso del fascismo y en la aniquilación de la izquierda italiana, y, por otro lado, decisivo en el affaire Matteotti.



Acostumbrados a la violencia durante la primera conflagración mundial, sin trabajo en la posguerra, los «arditi» (tropas de asalto) afluirán a las bandas fascistas en que se apoyaría Mussolini para su ascenso al poder. En la foto, un grupo de «arditi» durante la Gran Guerra.

EL «ESCUADRISMO»

¿Quiénes son los **squadristi**? De orígenes distintos, todos poseen un denominador común: el ultraderechismo, el chauvinismo y el hábito de la violencia. Hay jóvenes estudiantes nacionalistas, matones miembros de las bandas privadas de latifundistas y empresarios, monárquicos absolutistas, nacional-monárquicos, imperialistas, futuristas seguidores del poeta Marinetti, mussolinianos de los **fasci di combattimento (fascios de combate)**, dannunzianos y fiumanos, nobles aburridos y, sobre todo, ex combatientes amargados, en especial oficiales y ex **arditi**, que pertenecerán a uno o a otro de estos grupos.

El porcentaje principal lo forman los ex combatientes que no han podido ser reabsorbidos y que se hallan en paro. Están irritados por la escasa consideración popular de que gozan, pese a la victoria, por las ofensas de que son objeto cuando se insolentan, o por el simple hecho de llevar uniforme por la calle, conde-

coraciones o de ser «héroes nacionales», o cuando alardean su pertenencia a los **arditi** (las violentas tropas de asalto) (1). Pronto comenzarán a tomarse la justicia por su mano y a cometer excesos contra los «antipatria» y los socialistas. Pocos los defenderán, si exceptuamos a D'Annunzio, o a Mussolini, que ve en ellos una potencial ayuda.

La generalización del **squadristismo** se produce a partir de la ocupación de Fiume en septiembre de 1919 —asignada a Yugoslavia— por D'Annunzio y sus legionarios. La aventura —que había provocado una crisis internacional—, termina cuando el Ejército italiano dispara contra los **fiumani** (fiumanos) del poeta, causándoles 11 muertos. Mussolini aprobará la ocupación de la ciudad, y numerosos **fiumani** se adherirán al fas-

(1) En la Italia de 1919 las Fuerzas Armadas no eran populares, por creerse que habían desencadenado la guerra, por los malos tratos que los oficiales infligían a los reclutas, y porque representaban nuevos y gravosos impuestos. Por otro lado, los oficiales desmovilizados seguían temiendo al «potencial revolucionario» de los soldados rebeldes, como en 1916 o en 1917.

cismo y entrarán en el escuadrismo (2).

Durante dos años, las **squadre d'azione** (escuadras de acción) fascistas, con la aprobación del poder y de las clases dominantes, irán aniquilando a las izquierdas, para volverse, al fin, contra el propio Estado demoliberal de Giolitti, según las mejores reglas de la desestabilización. Aunque la violencia organizada, por sí sola, no habría bastado, a menos que Mussolini hubiese dispuesto, como así fue, de padri nazgos superiores.

DESESTABILIZACION

Los escuadristas actúan sobre todo como fuerzas parapoliciales y paramilitares. Desde la ocupación de las fábricas, sobre todo, sus actividades se multiplican, al tiempo que lo hacen las financiaciones. Se

(2) Excepto el propio Mussolini y algunos dirigentes más, los escuadristas cultivaron cierto anarquismo de derechas, cierta antirrespetabilidad, presentándose como «antiburgueses», descuidados, soeces, incluso drogadictos y sexualmente rocambolcosos; su mayor diversión era *épater le bourgeois* y escandalizar a las jovencitas.

llegará a una verdadera atmósfera de guerra civil, a una «argentinización» ante **litte-ram** de Italia.

La actuación de los escuadristas cubre una extensa gama: interrumpir conferencias y manifestaciones, reventar huelgas, asesinar sindicalistas y campesinos socialistas o anarquistas, lanzar bombas contra abogados laboristas, destruir cámaras de trabajo, periódicos, cooperativas, dar «el paseo» a comunistas (individual o colectivamente), dar palizas, torturar; pistola en mano, obligaban a los alcaldes izquierdistas a renunciar a su cargo, constreñían a los transeúntes a saludar a los emblemas fascistas, o, a los clientes de una taberna, a gritar «¡Viva Italia!». También gastaban pesadas «bromas», como orinarse sobre el perro de un «rojo», o afeitar media cabeza a un campesino, o lo más usado, hacer beber aceite de ricino. Todo ello admitía apuestas y competencia entre los escuadristas de distintas provincias. Finalmente, pueblos enteros podían ser destruidos o incendiados: «Atravesamos la provincia [Ferrara] destruyendo e incendiando todas las oficinas de las organizaciones comunistas y socialistas (...). Nuestro paso quedaba marcado por altas columnas de fuego y humo» (Italo Balbo).

Hacia 1922, el escuadrismo es ya un fenómeno generalizado. La impunidad ha engrosado sus filas. Y se muestra muy activo, sobre todo en Romaña, Lacio, Apulia y Toscana —aquí, en 1919, ha aparecido ya Dumini, uno de los asesinos de Matteotti—. Se han hecho famosos algunos de sus dirigentes, luego colaboradores de Mussolini: Grandi, Balbo, Farinacci.

Las autoridades protegen a las escuadras de acción y a Musso-

lini. Sin tal protección, no habrían prosperado. No hay excusa que valga: cuando lo quisieron, las autoridades reprimieron y dispararon, como en Fiume o en Sarzana (aquí reaparece Dumini). Cuando no fue así, y es la regla habitual, se debió a que las autoridades eran cómplices por derechismo, antiizquierdismo y negligencia, es decir, por voluntad propia. Porque fuerza sí tenían: según datos de Matteotti expuestos ante la Cámara, en diciembre de 1921 el Gobierno contaba «con 240.000 soldados, 65.000 carabinieri y 40.000 guardias reales», sin contar la Policía gubernativa y secreta, lo que era más que suficiente para reducir a los 150.000 ó 200.000 escuadristas de toda Italia...

Se sabía que algunos carabinieri cambiaban su uniforme por la camisa negra al fin de su jornada de trabajo para unirse a los fascistas. Buena parte del Ejército apoyaba a los escuadristas: en las elecciones de 1921 la connivencia fue flagrante, y escuadristas y Fuerzas del orden colaboraron en dificultar la votación, con gran desesperación de Matteotti. En febrero de 1921 en Toscana, fueron los soldados quienes cañonearon las barricadas obreras.

Asimismo, desde 1920 los escuadristas mejoran su armamento, gracias a los «préstamos» del Ejército y de las fábricas de armas (ametralladoras, granadas, camiones, cañones ligeros, fusiles en abundancia), y se ejercitan en los cuarteles militares. Muchos oficiales mandarían, en sus horas libres, bandas de escuadristas.

En cambio, las izquierdas están indefensas. Habían devuelto casi todas las armas al producirse la desmovilización, y disponían sólo de fusiles de caza, armas blancas y algo de dinamita de los canteros y mineros anarquistas. Cuando denunciaban las agresiones, los carabinieri les echaban sin más, o incluso les detenían. Sus respuestas a los ataques eran espontáneas y poco eficaces: huelgas, manifestaciones, protestas en la Prensa. Sólo de vez en cuando hacían frente a los fascistas, como en Foiano, en Modena o en Sarzana (3).

Tanto el PS como el PSU preferían no responder a la agresión para «no ofrecer pretextos al salvajismo fascista», con la esperanza de que «los

(3) En esta última localidad, los campesinos causaron (con hoces, guadañas y horcas) 16 muertos y 30 heridos entre los fascistas.

Gabriele D'Annunzio, el «poeta-soldado», quien dio un importante espaldarazo al «escuadrismo» encabezando la ocupación violenta de Fiume (asignada a Yugoslavia en 1919, luego neutralizada por el Tratado de Rapallo en 1921, y finalmente «cedida» a Italia en 1924).



propios escuadristas atrajesen sobre sí la repulsa general...». Y Turati, como Gramsci, estimaban que el fascismo era un fenómeno temporal, la última reacción de la derecha tradicional.

Entre 1920 y octubre de 1922, los izquierdistas asesinados serán 3.100. Los fascistas, unos 300.

LA CONQUISTA DEL PODER

Mussolini fue hábil en utilizar la ineptitud de la izquierda, la desconfianza en el liberalismo, y los intereses o la buena fe de los fascistas. En 1922 es el árbitro de la situación, y Giolitti, Bonomi y Facta, Víctor Manuel III, la Iglesia y el Vaticano, la Prensa y la intelectualidad liberal y derechista están con él en mayor o menor medida.

Cuando, tras las elecciones de

1921, los socialistas son mayoría en la Cámara, a pesar del terror escuadrista, el tándem liberales-fascistas se convence definitivamente —como en el Chile de 1973 o en la España del 1936— de que no es posible acabar con la izquierda sin alterar el sistema político basado en el parlamentarismo y en las elecciones libres. La suerte de Italia estaba echada.

Pero la precipitan las nuevas violencias ultras y la nueva huelga general de la izquierda (agosto de 1922), anclada ésta todavía al dogma de su eficacia. Inmediatamente, las bandas fascistas sustituyen a los huelguistas, al tiempo que copan las últimas ciudades que aún no controlaban, como Génova o Milán (4). Por si fuera poco, en este octubre fatídico los socialistas se escindirán de nuevo: el ala de Mat-

(4) Sólo Parma resistirá, y nunca será conquistada. Su defensor, Picelli, deberá exilarse años después. En 1937 caerá como brigadista, defendiendo Madrid.

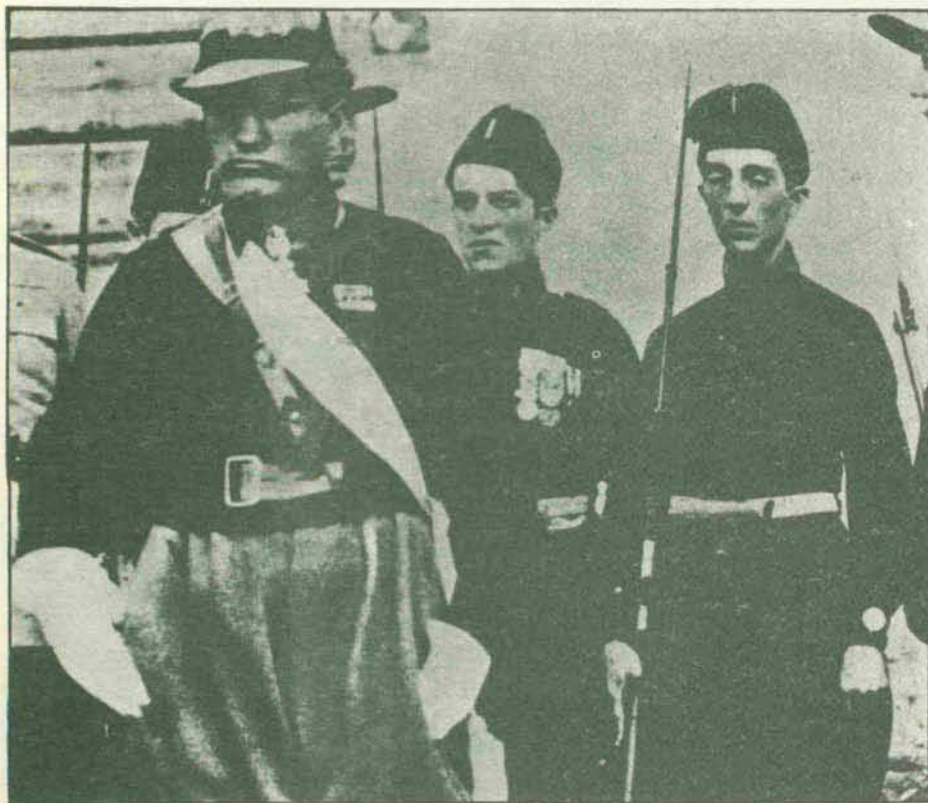
teotti, con inoportuna inconsciencia, forma un nuevo partido, el Socialista Unitario. Los empresarios, seguros de la amistad de Mussolini, le apoyan totalmente y financian la costosa **Marcha sobre Roma**. Todos dimiten, el rey acepta al futuro **Duce**, el Ejército no interviene. Mussolini forma Gobierno.

En seguida, Mussolini reforma, en su favor, la ley electoral y emprende la aniquilación del Parlamento. El día en que Mussolini dice desde el estrado, ante la pasividad general, que «no represento a 300.000 votantes, sino a 300.000 fusiles» y que «si quiero puedo instaurar una dictadura», también la suerte del Parlamento está echada. «¡Viva el Parlamento!», grita una única voz desde su escaño. Es Matteotti. Los fascistas recordarán, de ahora en adelante, su nombre.

MUERTE DE MATTEOTTI

¿Y el escuadrismo? Para controlar a sus bandas, Mussolini las militariza, crea una milicia pagada, pero no las jubila. Las violencias continúan contra los restos de la oposición, como en las elecciones de 1924, de las que los fascistas salen vencedores pese a la coalición PC-PSI-PSU (de Matteotti).

El diputado reformista, con la ayuda de algún compañero, prosigue su campaña antifascista, casi aislado. Ridiculiza a Mussolini, «tránsfuga del socialismo al fascismo». Le acusa de haber recurrido a la fuerza en las últimas elecciones y de gobernar con la violencia. «¿Por qué —se pregunta— es motivo de orgullo decir que los italianos son incapaces e inmaduros para resolver sus asuntos sin usar la fuerza?».



Mussolini prepara su Marcha sobre Roma. Estamos en octubre de 1922 y, ya prácticamente, todo el país está en manos del futuro «Duce». Tras él, en la imagen, dos «escuadristas». Sería esta fuerza de choque la empleada por el fascismo para aniquilar violentamente a la oposición de izquierdas.

En mayo de ese mismo año, Matteotti, dotado de una enorme documentación sobre las violencias fascistas, pide ante la Cámara la invalidación de las pasadas elecciones; el día 30, Matteotti repite la petición, en un discurso memorable que, como ya vimos, será el último de su vida.

Furioso, Mussolini increpa a sus colaboradores Rossi y Marinelli: «¿Qué clase de partido tengo que deja las manos libres a la oposición hasta ese punto? ¿Qué hacen los escuadristas? ¿Qué hace mi ceka (de cheka, Policía soviética)?». Al día siguiente, Mussolini escribe en su **Popolo d'Italia**: «Matteotti ha pronunciado un discurso tan ofensivo y provocador que merecería una respuesta más concreta...».

Aquí volvemos a encontrar a Dumini. Marinelli le encarga vigilar a Matteotti, Dumini toma seis de sus hombres: Volpi, ex **ardito** y escuadrista, Putato, Panzeri, Poveromo, Malacria, Viola, y a un polaco, delincuente común, Tierszward, y comienza a cumplir la orden.

El 5 de junio, nuevo choque Mussolini-Matteotti sobre la amnistía para los desertores

El «Menefrego» —término que podría traducirse blandamente en castellano por «me importa un bledo»— debe ser considerado como una de las divisas más típicas del fascismo y símbolo de la mentalidad, mezcla de chulería e inconsciencia, de sus afiliados.



de la pasada guerra, a la que aquél se muestra contrario. «¿No váis a hacer nada?», repite Mussolini a Marinelli. El día 6, nuevo ataque de Matteotti a los fascistas. El 12 piensa volver a la carga...

Dumini actúa. Vigilado estrechamente desde un «Lancia Lambda» cedido por el diario **Corriere Italiano**, el 10 de junio Matteotti sale de su casa para tomar un baño en el Circolo Náutico, cuando es seguido y agredido. Los escuadristas tratan de introducirle en el automóvil, Matteotti se defiende a puñetazos, Volpi le propina una patada en el vientre. Sigue resistiendo, pero lo-

gran llevárselo. Nunca se sabrá si querían matarlo o sólo darle una tercera paliza. Sea como fuere dentro del vehículo prosigue la lucha: Matteotti rompe de una patada una ventanilla y lanza a la calle su carnet de diputado. Viola extrae un cuchillo, pero recibe un rodillazo en los testículos. Rabioso, le clava el arma en el pecho, mientras Poveromo lo sujeta.

Mientras tratan inútilmente de reanimarlo, se alejan de Roma. Ya casi de noche, lo entierran en una fosa improvisada. Es poco profunda y los asesinos se ponen sobre el cuerpo y lo pisan para que quepa. Dumini conserva los



Matteotti se había caracterizado por sus duros ataques parlamentarios contra el régimen fascista. Mussolini no se los perdonó, ordenando a sus hombres que «aquellos terminara de una vez por todas». Y en vísperas de una nueva intervención del diputado socialista en el Parlamento, un grupo de «escuadristas» introdujo a Matteotti en el interior de un coche, asesinandole a continuación. (Vemos la reconstrucción del hecho que dibujó Mario Uggeri para «La Domenica del Corriere».)



Hallazgo del cadáver de Matteotti, dos meses después del asesinato. El crimen sumergió al fascismo bajo una oleada de indignación y protesta que se extendió por todo el mundo, pero nada definitivo se hizo contra el régimen mussoliniano en este momento de crisis y recesión. Luego ya fue tarde, e Italia pagaría muy duramente las consecuencias.

pantalones de la víctima como prueba, que entregará al secretario de Mussolini (5).

El futuro «Duce» lo sabe todo al día siguiente, pero ordena no hablar. El día 12 se constata la desaparición de Matteotti, y comienzan las protestas. Hay un testigo. Dumini es acusado, pero a su vez acusa a Marinelli y al «quadrumviro» De Bono.

El 16, un perro descubre el cadáver, semiplastado y retorcido. No es fácil reconstruir el crimen. Mussolini comienza por acusar a la izquierda, «que quiere destruirme», pero pronto da marcha atrás y acusa a «extremistas fascistas incontrolados» —pero debe destituir a De Bono...—. No hay pruebas contra Mussolini (ni siquiera hoy las hay), pero es indudable que el jefe del

(5) Un historiador profascista, Luigi Villari, en una obra sobre el fascismo, atribuirá la muerte de Matteotti a «una hemorragia y a un fallo del corazón». Sin comentarios.

Gobierno fue, por lo menos, el instigador indirecto del crimen.

LA «SECESION DEL AVENTINO»

Mussolini aceptará, más tarde, que su situación era tal en junio-agosto de 1924, que para derribar el «régimen habría bastado un empujón». En efecto, el fascismo estuvo, muy posiblemente, a punto de ceder. Hubo un instante de desorientación, y la presión fascista y escuadrista se relajó notablemente. El propio Balbo dimitió. En octubre, el fascismo había perdido mucha fuerza, y Mussolini aludió a una posible dimisión...

Pronto se restablecería su poderío. El 12 de junio, la oposición declaró que era «imposible su participación en los trabajos de la Cámara mientras durara la incertidumbre sobre el siniestro episodio...». Y, a fines de mes, abandonó el Parlamento, tras pensar un

instante sobre la posibilidad de derrocar por la fuerza a Mussolini, retirándose a lo que con reminiscencias clásicas, se denominó «el Aventino».

Con este abandono, la oposición dejó vía libre a los fascistas, renunciando a la excelente tribuna de acusación que podía haber sido la Cámara, y agotándose en estériles campañas periodísticas y de protesta, con la esperanza de levantar al país. El asunto, como bien dice Mack Smith, demostró una vez más la ineficacia de una oposición constitucional en Italia.

En el extranjero, la indignación fue grande, sobre todo en Francia. En Italia, Mussolini, pese a los aventinistas, gozó del apoyo de Benedetto Croce, del rey, del Vaticano —que en este caso, hizo un llamamiento a la calma y atribuyó la campaña de desprestigio contra Mussolini a «manejos de la masonería» (6).

A finales de 1924, Mussolini tenía de nuevo las riendas de Italia en sus manos. La oposición constitucional, toda ella —socialistas unitarios, socialistas maximalistas, comunistas, republicanos, populares, socialdemócratas, etc., etc.—, quedará fuera de juego. El peligro, para los fascistas, pasará pronto. En enero de 1925, el que pronto va a ser **Duce** asumirá cínicamente la responsabilidad del asesinato ante lo que queda de Parlamento, retando a los diputados a que hagan uso de la ley. «Si el fascismo es una asociación de delincuentes, yo soy el jefe de esa asociación», terminará diciendo.

Pronto Mussolini cerrará las puertas del Parlamento a los aventinianos y, en 1926, los considerará caducados. El Gobierno Mussolini había de-

(6) En la revista *Civiltà Cattolica*, del 2-VIII-1924.



Asesinos, instigadores y encubridores del atentado mortal contra Matteotti, se sientan juntos en el banquillo de los acusados durante el proceso abierto contra ellos en 1947, una vez vencido el fascismo. El grabado nos muestra, de izquierda a derecha, a Dumini —recuérdesele en la foto número 2—, Giunta, Rossi y Poveromo.

jado de ser un simple ministro para convertirse en régimen.

No por ello los escuadristas dejaron de actuar. Entre fines de 1924 y comienzos de 1926, socialistas, comunistas, masones, liberales y populares serán apaleados, o incluso asesinados—como Amendola, Pilati o Console—, y pronto decenas de miles de italianos marcharán al extranjero, mientras que en el país las cárceles se van llenando y, de vez en cuando, actúan los pelotones de fusilamiento.

En 1926, las escuadras dejan de existir oficialmente. Muchos escuadristas ingresan entonces en la Milicia y en la

Policía. Otros, bastantes, continuaron siendo marginados, se convirtieron en matones envejecidos, confidentes o vagabundos. Dumini pasó una temporada de cárcel ya durante el fascismo, por amenazar con «cantar», y después de 1945 fue condenado a treinta años de cárcel, como Rossi, como Poveromo. Un escuadrista (Bonaccorsi) conquistó para Franco la isla de Mallorca en 1936. Otros también participaron en las guerras del fascismo y no se supo más de ellos.

Con los escuadristas, sin embargo, no terminó la violencia fascista, no sólo en el mundo, sino ni siquiera en Italia: los actuales «escuadristas» italianos siguen colocando bombas, asesinando, «desestabilizando», tanto dentro como fuera de su país, en Argentina, en Francia, en España... ■

G. C.

BIBLIOGRAFIA

- H. Hearder y D. P. Waley: **Breve historia de Italia.** (Espasa-Calpe, Madrid, 1966).
 D. Mack Smith: **Storia d'Italia 1861-1969.** (Laterza, Bari, 1970).
 R. París: **Los orígenes del fascismo** (Península, Barcelona, 1969).

P. Guichonnet: **Mussolini y el fascismo** (Oikos-Tau, Vilasar de Mar, 1970).

E. R. Tannenbaum: **La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia (1922-1945)** (Alianza, Madrid, 1975).

N. Valeri: **Da Giolitti a Mussolini** (Garzanti, Milán, 1967).

M. Cancogni: **Gli squadristi** (Longanesi, Milán, 1972).

C. A. García: **La vida y la obra de Mussolini** (Ediciones Españolas, Madrid, 1941).

D. Bartoli: **Víctor Manuel III** (Novelas y Cuentos, Madrid, 1958).

L. Salvatorelli: **Storia del Novecento** (Mondadori, Milán, 1971).

L. Castelli: **La chiesa e il fascismo** (L'Arnia, Roma, 1951).

F. L. Carsten: **La ascensión del fascismo** (Seix Barral, Barcelona, 1971).

S. Montero Díaz: **Mussolini, 1919-1944** (Escuela de Formación y de Capacitación de Vieja Guardia, Madrid, 1944).

A. Consiglio: **Vita di Vittorio Emanuele III** (Rizzoli, Milán, 1950).

L. Villari: **La política exterior de Mussolini** (Ahr, Barcelona, 1956).

Varios: **Historia mundial del siglo XX** (Vergara, Barcelona, 1972).



Bajo el título «Il delitto Matteotti», Florestano Vancini reconstruyó cinematográficamente las incidencias esenciales del asesinato del diputado socialista y del contexto en que se produjo. Film recientemente aprobado por la Censura española (se está exhibiendo ya en diversas capitales), y donde el actor Franco Nero encarna así la figura de Matteotti.